DOS TEMAS EN LA OBRA DE MIGUEL HERNÁNDEZ TRATADOS DESDE ANTAGÓNICAS Y OPUESTAS PERSPECTIVAS

Por
MANUEL PARRA POZUELO

Ideologías y estéticas dominantes en su entorno cuando publicó sus primeras creaciones

Los primeros poemas y las primeras prosas de Miguel Hernández se elaboran y publican en Orihuela, Murcia y Alicante en los años comprendidos entre 1930 y 1933, siendo, en ese tiempo, su lugar de residencia habitual Orihuela, cuyo núcleo urbano no albergaba más de 17 000 habitantes, de los que una buena parte eran pequeños propietarios agrícolas o aparceros, que debían pagar rentas a los dueños de las tierras que cultivaban, y muchos de los que ejercían otras profesiones estaban ligados a las instituciones religiosas. Una gravísima amenaza que pendía sobre los sufridos agricultores era la de las riadas que provocaban desoladoras ruinas como la que Miguel Hernández reflejó en un poema titulado «¡En mi barraquica!», fechado en la huerta y publicado en *El Pueblo* de Orihuela el 27 de enero de 1930, en el que la dramática situación del huertano.

Sobre Orihuela el estamento eclesiástico tejía una red de poder e influencia, en muchos aspectos, determinante. Los templos y conventos eran algo más que una muestra arquitectónica, eran la expresión de la dominación de una estructura clerical que controlaba la vida hasta en sus detalles más insignificantes, y que iba a enfrentarse violenta y airadamente con la modernidad.

Las personas alfabetizadas no llegaban al dieciséis por ciento y concretamente los padres de Miguel no se encontraban entre los afortunados que sabían leer y escribir. No obstante esta limitada cantidad de oriolanos instruidos era relativamente frecuente en la ciudad la aparición de periódicos, si bien es cierto que su carácter era eminentemente católico y muy poco progresista. Paradigma de este tipo de publicaciones fue La Lectura Popular, fundada en 1883 por Adolfo Caravana, católico ultramontano que, la dirigió hasta su muerte, en 1914, cuando se hizo cargo de la misma Don Luis Almarcha[1].

Miguel Hernández, que había asistido a colegios militantemente católicos, y había obteniendo incluso las dignidades de príncipe y emperador en el de los jesuitas durante el curso 1923, en dos asignaturas fundamentales hubo de abandonar las aulas del Colegio de Santo Domingo, por imposición paterna, en abril de 1925, sin concluir el primer curso de Bachillerato.

Desde esa fecha, Miguel Hernández, aunque obligado a colaborar con su hermano en el pastoreo de su ganado y en el reparto de la leche, también se dedica a la lectura de los libros que le presta Don Luis Almarcha o de los que obtiene en la biblioteca pública de Orihuela. Es también entonces cuando inicia su amistad con Carlos Fenoll, y, gracias a él, publicó en uno de los periódicos católicos de su ciudad, *El Pueblo de Orihuela*, en enero de 1930, el primero de sus poemas, «Pastoril».

Asimismo los primeros personajes influyentes que apoyaron en los momentos iniciales la que pudiéramos denominar su carrera literaria estaban muy alejados de los que serían sus modelos estéticos y sus esquemas ideológicos posteriores. El doctor Don José María Ballesteros Meseguer, médico titular de Orihuela y afamado y prolífico escritor, publicó en Voluntad, periódico oriolano, el 15 de junio de 1930, una muy elogiosa semblanza del poeta, Don Luis Almarcha, que jugará un papel trascendental en la vida del entonces joven y Ramón Sijé, al que dedicaría su celebérrima elegía, en la que lo denomina «compañero del alma, compañero», Juan Sansano, oriolano director del periódico *El día*, que también lo presentó en Alicante, como pastor poeta, y publicó en su diario algunos poemas suyos, y, en Murcia, Raimundo de los Reyes, que facilitó la aparición en la Verdad de sus colaboraciones e intervino decisivamente en la publicación en ediciones Sudeste de su primer libro, *Perito en lunas*, fueron sus primeros propagandistas.

Versos y prosas de Miguel Hernández de esta primera época con rasgos ortodoxamente católicos o marcadamente estetizantes

El trabajo como maldición bíblica y como tarea expiatoria

Una evidente prueba de que en 1930 conocía y compartía las ideas que, sobre el trabajo, difundía y propugnaba la Iglesia Católica a través de su pontífice en la encíclica Rerum Novarum la encontramos en su poema «Al trabajo»[2], escrito por Miguel Hernández, atendiendo a una solicitud de Don Luis Almarcha, que fue recitado en el Círculo Obrero Católico, el primero de mayo de este año, con ocasión de la celebración de la Fiesta del Trabajo, por Andrés Mora Torrentino, espadillador de cáñamo y rapsoda, cosechando, tanto el autor como su interprete, un éxito rotundo. El poema, con una retórica rubeniana, es un resumen y compendio de los rasgos que el vicario de Orihuela. Partiendo de ortodoxas consideraciones católicas, el poeta denomina al trabajo «cruz forzosa», si bien distingue varias situaciones desde las que puede contemplarse esta actividad, ya que para «los inútiles, vagabundos y holgazanes» es «cruz pesada», mientras que para los que aguardan sacudir su yugo su carga es «llevadera», aunque en todos los casos es «cruz bendita»,ya que ha sido impuesta por la divinidad como consecuencia del pecado del hombre, por lo ha de ser siempre gozosamente asumida. Esta exaltada alabanza del trabajo es la que le permite denominarlo: «procreador del universo», «progresiva acción de vida», «río de próspero caudal», «mar inmenso donde flota/el cadáver de los vicios como barca frágil rota». Concluyendo con una invitación para que todos los asistentes proclamen que es, en definitiva: «Una escala para ver de cerca a Dios».

Primeras prosas de Miguel Hernández que retratan desgraciadas situaciones infantiles

Desde sus primeros escritos Miguel Hernández se mostró afectado y sensible ante la realidad del maltrato infantil. La actitud del padre de Miguel, cuyo hermano mayor no acudió sistemáticamente a la escuela, podríamos considerarla también como un caso de mal trato, ya que hoy no calificaríamos de otro modo el haberle obligado a pastorear las cabras, cuando no tenía más de cinco años[3]. Por otra parte, actitudes y situaciones análogas hubo soportar el mismo poeta en su propias carnes, cuando, su padre, irritado por sus lecturas nocturnas, le golpeaba la cabeza.

Aunque las razones que Cecilio Alonso aporta para justificar la actitud de Miguel Hernández Sánchez, padre del poeta, que, según afirma el citado estudioso, presionaba a «sus hijos para mantenerlos ligados por razón de su autoridad a un mundo declinante»[4] responden, sin duda, a la realidad, también es cierto que su manera de actuar provocaba la natural rebeldía de entonces joven poeta, y que en algunos pasajes de su obra, se evocan estas escenas o situaciones, si bien es cierto que, pudorosamente, ocultó que respondían a experiencias personales[5].

Al menos en dos textos en prosa de esta época reflejó el poeta sus sentimientos conmiserativos. El primero de ellos, «El niño Flores»[6], relata, con un lenguaje extremadamente barroco, la tragedia del niño, que se queda dormido cuando estaba encargado de vigilar y estimular el cansino caminar de los bueyes que hacían girar la noria. A pesar de los gritos con que su progenitor intentaba despertarlo el niño Flores, sucumbe al sueño y es arrastrado hasta el mecanismo de la noria que gira, vertiginosamente , cuando, los bueyes, asustados por los gritos del niño, inician una loca carrera, destrozando su cuerpo, de tal modo que uno de los cangilones arroja uno de sus pies, ya seccionado, del cuerpo del que había dado titulo al cuento y posibilita que su ensangrentada extremidad sea denominada «una disparatada lis roja».

A este respecto, es preciso destacar que en la tragedia y la desgracia del niño no se encuentran explícitas condenas de tan inhumano trato.

En otro texto en prosa con este motivo es el titulado «El niño pobre»[7], en el que el autor distingue cinco partes diferenciadas, que se inician con un verso de Juan Ramón Jiménez, y en él que su protagonista aparece acosado por las necesidades más primarias y alejado de cualquier intento o pretensión cultural diciendo: «mira la escuela con indiferencia analfabeta», mientras que contempla con indisimulada envidia a otro niño, el hijo del rico, que, sin ningún esfuerzo, encuentra gimnasios, piscinas, balones, aires puros, rosas y jardineros.

Los que podríamos denominar poemas en prosa que incluyen situaciones sobre el que hemos denominado maltrato infantil, debido a su tratamiento estetizante, y a la ausencia de condenas o protestas ante estas situaciones junto a la carencia de perspectivas o proyectos superadores de las injusticias descritas podemos ubicarlos en la etapa que Joan Pamies i López, Ernest Torres i Rodríguez y José Belso Latour denominan de Pensamiento mágico[8] y, aunque no compartamos la denominación, debido a su carácter simplificador y equívoco, si parece fuera de duda que , tanto por lo que explicita como por lo que deja de decir, en esos momentos: «Miguel Hernández se alinea en la derecha tradicional católica, coqueteando ideológicamente con la doctrina social de la Iglesia, cuyo portavoz es la CEDA», llegando incluso, en ocasiones, como hemos tenido ocasión de constatar en el poema «Al trabajo», a asumir las más ortodoxas doctrinas de la iglesia y desempeñar el papel de acrítico propagador de las mismas.

Amplios horizontes para la libertad y el compromiso

El cerrado mundo orcelitano no ofrecía a Miguel Hernández posibilidades de desarrollar sus singulares y enormes capacidades literarias. Para obtener el reconocimiento que creía merecer y escapar de tan limitadas perspectivas, que se resumían en aquella frase con la que su padre determinó que debía abandonar sus estudios, puesto que padres cabreros debían procrear hijos con las mismas y pastoriles tareas, debía abandonar su ciudad natal. De este modo, en 1931, cuando ya había visto sus iniciales creaciones pu-

blicadas en Orihuela, Murcia y Alicante, marchó a Madrid, cuya vida cultural y política estaba repleta de novedades y acontecimientos.

La proclamación e instauración de la República trae aparejada la aparición y el triunfo de movimientos estéticos renovadores y los escritores llegan a ser figuras influyentes en la vida cotidiana, a través de su presencia en los medios de comunicación, en un régimen que se ha denominado «República de intelectuales».

La incorporación de Miguel Hernández a este bullicioso y deslumbrante universo iba a ser todo menos sencilla y exenta de contradicciones. La dificultad de la denominada por Henri Lefebvre «conquista de la ciudad», entendiendo con esta expresión el proceso que permita atender en ella las necesidades materiales más imprescindibles, es la que le obligaron a su retorno a Orihuela en 1932, tras su primer viaje, y estas necesidades perentorias sólo fueron resueltas satisfactoriamente cuando fue empleado por Don José María de Cossío.

Como muy bien puso de relieve José Luis Ferris: «Miguel llega a la capital ocho meses después de proclamada la Segunda República. Todavía se percibía ese flamear de banderas, ese aire plagado de fervores. Hay curiosidad e inquietud por hallar el camino adecuado en esa encrucijada histórica donde las nuevas ideas, los revolucionarios y progresistas, chocaban con las viejas convicciones políticas»[9].

En el conjunto de conflictos sociales y políticos no fueron los menos significativos ni los que menos afectaron al mundo de Miguel Hernández, los que tuvieron lugar en torno a la denominada cuestión religiosa, en una República que sólo se concebía así misma como laica, ya que una de las causas de su instauración era precisamente la lucha contra la alianza entre el trono y el altar, suprimiendo los privilegios de la Iglesia Católica, y, por tanto, aboliendo sus privilegios y sinecuras de los que había gozado hasta ese momento. Aún más la defensa de esta situación se consideraba relacionada con el mantenimiento del orden social, es decir de los privilegios de las clases dominantes. Lo cierto es que la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, sucede casi al mismo tiempo que a Miguel le otorgan el premio «Popular Coro Calvé», de Elche, galardón que, sin duda, le reafirma en su deseo de ser poeta, y le hace incluso confiar más en sus posibilidades de éxito, abandonado el destino al que su padre y sus ancestrales convicciones lo habían destinado.

Sin duda, el texto programático de la nueva República, es decir, su Constitución, aprobada el 9 de diciembre de 1931, contenía, entre otros, dos apartados que tendrían mucha trascendencia en el destino de Miguel, en cuanto que denotaban el cambio de rumbo en la sociedad en la que el poeta debería moverse. De un lado, su enfática, novedosa y, al menos, formalmente revolucionaria proclamación de su primer artículo, en el que definía a España como «una República de trabajadores de todas clases», de otro, el polémico artículo 26, referido a la cuestión religiosa, en el que establece, de modo inequívoco y tajante, la separación entre la Iglesia y Estado, cuya íntima interrelación había sido una de las bases del sistema social y político al que sustituyó, extinguiendo el presupuesto del clero y disolviendo aquellas órdenes religiosas que tenían votos especiales de obediencia al papa, situación en la que se encontraban los jesuitas, y que dio lugar a su expulsión y a la clausura del Colegio de Santo Domingo.

Este convulso panorama ideológico es el que explica que Miguel Hernández, a pesar de haber sido nombrado presidente de las juventudes socialistas, escriba el 30 de mayo de 1930, una carta a Federico García Lorca en la que afirma: «Soy, sin ser nada, comunista

y fascista»[10]. Es preciso, señalar, en cuanto a su nombramiento como presidente de las juventudes socialistas, que Miguel Hernández no realizó en este tiempo ninguna actividad partidaria reseñable. Su interés era entonces, sobre todo, la consolidación de su incipiente carrera literaria.

Ciertamente la actualización y modernización estética y estilística que Miguel Hernández pretendía desde su primer viaje a Madrid, si era posible en la orbita sijeniana, ya que la ideas de la generación del 27, en aquellos momentos propugnaban una modernización sobre todo literaria eran compatibles con las de Ramón Sijé, que asume y prologa el intento neogongorino que supone *Perito en lunas*.

En cuanto al proceso de evolución de sus creencias religiosas, a pesar que su padre, según Eutimio Martín, como buen elector de Alejandro Lerroux, profesaba un anticleritarismo militante, Miguel, que había sido educado en colegios católicos manifestó un ortodoxo sistema ideológico presente, por ejemplo, en su auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, o en poemas como los tres sonetos dedicados a María Santísima[11], aunque la totalidad de los publicados en *Gallo Crisis* son compatibles con tesis católicamente ortodoxas, si bien muy significativamente uno de sus silbos, El silbo de afirmación en la aldea, concluye afirmando: «Y Dios dirá que está siempre callado»[12].

Afortunadamente, disponemos de un documento que nos permite conocer la fecha y la naturaleza de la mutación ideológica sufrida por Miguel Hernández, ya que en una carta dirigida a Juan Guerrero Ruiz, escrita en Madrid, en junio de 1935, decía: «En el último número de Gallo Crisis sale un poema mío escrito hace seis o siete meses; todo en él me suena a extraño. Estoy harto y arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica. Me dedico única y exclusivamente a la vida de tierra y sangre adentro, estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrena hasta más no poder. Estaba mintiéndome y traicionándome tristemente»[13].

Porque para calmar nuestra desesperación de toros castigados habremos de agruparnos oceánicamente

En este momento, a mediados de 1935, el tránsito se ha consumado y desde las iniciales creencias que significaban una asunción acrítica del ambiente oriolano, pasando por una explicita coincidencia con las acendradas convicciones sijenianas, explicable por el carácter doctrinario de las publicaciones patrocinadas por su amigo, había pasado a un agnosticismo vital que posibilitó un erotismo romántico y cósmico que impregnó *El rayo que no cesa*.

Ya desembarazado de sus ideas religiosas, puede Miguel Hernández enfrentarse a la realidad de la lucha de clases, omnipresente en aquellos días en la vida española, tomando partido por los que consideró humillados y oprimidos.

En sus obras teatrales pasa de las preocupaciones metafísicas de su auto sacramental a reflejar en sus textos para el teatro, como sucede en *Los hijos de la piedra*, los conflictos ocurridos con motivo de la huelga revolucionaria de Asturias de 1934, al parecer, influido e instigado por el poeta argentino Raúl González Tuñón, con el que mantenía una estrecha amistad, que dio lugar a un soneto en el que refiriéndose a este poeta, dijo de él: «enarbolando truenos y protestas,/enarbolado te alzas a diario,/y a los obreros de metal sencillo/invitas a estampar en turbias testas/relámpagos de fuego sanguinario»[14].

Para Miguel Hernández el carácter de los protagonistas de la sublevación de julio de 1936, y sus intenciones con relación a su persona no ofrecía ninguna duda, ya que en una carta a Josefina, fechada el 28 de julio, le decía: «Preciosa mía, ya verás como sí que nos casamos este año; si no me fusilan los rebeldes, si triunfan»[15].

La afiliación de Miguel Hernández al Partido Comunista, que hoy está fuera de toda duda, ya que en su ficha de alistamiento al Quinto Regimiento, conservada en el Archivo Histórico Nacional de Salamanca, se constata su pertenencia a dicho partido, en la fecha de su inscripción, el 23 de agosto de 1936. José Luis Ferris afirma que la decisión de afiliarse la adoptó, cuando fue detenido el 6 de enero de 1936, en su visita al domicilio de Rafael Alberti y María Teresa León[16], tras ser liberado gracias a las gestiones de Pablo Neruda. Por otra parte, en las declaraciones que figuran en la documentación del proceso sumarísimo 21001, en ningún momento se reconoce la citada afiliación, e incluso en la sentencia no cita esa circunstancia que, si se hubiese considerado probada, no hubiera dejado de reseñarse. Por nuestra parte, hemos podido consultar unas diligencias prácticamente desconocidas, publicadas en el periódico digital *El confidencial*, fechadas en Orihuela, donde fue detenido tras su efímera libertad, en septiembre de 1939, en las que afirma que se afilió al partido una vez que ya estaba inscrito en el Quinto Regimiento, aunque, como hemos señalado, en esa fecha ya estaba afiliado, según su ficha de inscripción. De todos modos, debe ponerse de relieve que la fiabilidad de estas declaraciones es muy limitada, ya que en ellas incluso niega haber realizado su documentado viaje a Rusia.

Su nombramiento y sus funciones como Comisario Político también inciden y condicionan sus textos elaborados durante la guerra civil, en la que su compromiso social se concreta en la lucha antifascista y sus tareas dentro del ejército consisten sobre todo en fortalecer la moral de los soldados y estimular su decisión de combatir.

En los años de la guerra, cada una de sus creaciones es el resultado de su personal interpretación de una colectiva y política cosmovisión. No son sólo consignas, son vivencias que se injertan en unas creencias asumidas globalmente por los republicanos. Dentro de los testimonios que permiten constatar el inequívoco posicionamiento de Miguel Hernández, en los que expresa su coincidencia con las posiciones que defendían la legitimidad democrática, el inicio del texto introductorio de *Teatro en la Guerra* disipa cualquier tipo de duda, cuando afirma: «El 18 de julio de 1936, frente al movimiento de los militares traidores, entro yo, poeta y conmigo entra mi poesía en el trance más doloroso y trabajoso, pero más glorioso, al mismo tiempo, de mi vida. No había sido hasta ese día un poeta revolucionario en toda la extensión de la palabra y de su alma. Había escrito versos y dramas de exaltación del trabajo y de condenación del burgués, pero el impulso definitivo que me arrastró a esgrimir mi poesía en forma de arma combativa me lo dieron los traidores»[17]. Asimismo, en otro texto titulado «Un acto en el Ateneo de Alicante», publicado en Nuestra Bandera, el 28 de agosto de 1937, en el que recoge las palabras iniciales que Miguel pronunció en esa ocasión, cuando dijo: «Siempre será guerra la vida para todo poeta: para mí siempre ha sido y me vi iluminado de repente el 18 de julio por el resplandor de los fusiles de Madrid. Las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma se pusieron a disposición del pueblo»[18].

Desde las teorías eclesiales sobre el primero de mayo a una primavera ejecutiva en el fragor de la batalla

Miguel Hernández, en los versos leídos en el Círculo Católico de Orihuela, en 1930, estaba mostrando a sus oyentes, es decir, a los trabajadores de su pequeña ciudad domina-

da por la iglesia, la escala que, gracias a su esfuerzo, había de llevarles hasta la beatífica contemplación de la divinidad. De muy distinto modo, en su poema «Primero de mayo» de 1937[19], la guerra antifascista provocaba la movilización de la naturaleza, que ponía su fuerza telúrica y su belleza al servicio de los trabajadores de la España republicana, a la que el poeta deseaba un mayo ejecutivo.

El poema está formado por nueve agrupaciones estróficas o versales, cuyo número de versos oscila desde uno hasta cinco, y su medida que, tampoco es uniforme, va desde las siete a las catorce sílabas, incluyendo algunos endecasílabos y tampoco las rimas tienen ningún patrón o esquema regular. Si comparamos los dos poemas a los que nos referimos, podemos constatar que el leído en 1930, compuesto por sextetos, observamos que en el escrito en 1937 la ausencia de un esquema métrico permite una mayor libertad expresiva, no condicionada por las exigencias estróficas.

El belicoso momento de su composición cuando aún la guerra no estaba totalmente decidida, aunque ya eran perceptibles divisiones y conflictos en el campo republicano, que habían dado lugar a la caída del gobierno de Largo Caballero, y a su sustitución por el presidido por Juan Negrín, que, en opinión del partido comunista, al que pertenecía el poeta, debía suponer la instauración del mando único. Explícitamente reclamado en un artículo de Miguel Hernández, titulado Los seis meses de guerra civil vistos por un miliciano, en el que afirma: «Y hemos comprendido en nuestra marcha por las trincheras y los cuarteles la necesidad del mando único, de la obediencia a una sola voz principal en estos momentos decisivos; a una sola voluntad que evite derramamientos estériles, heroísmo estéril»[20], expresando su deseo mediante la expresión citada («un mayo ejecutivo»).

Ya en la primera estrofa, las rimas de los versos uno y tres corresponden a dos de los cuerpos de los ejércitos enfrentados, siendo una de ellas (la caballería) especialmente adecuada para expresar el dinamismo y la tensión con la se quiere caracterizar y definir este concreto primero de mayo, debiendo señalar, además, que este cuerpo, en su versión más clásica y tradicional, aún jugó un importante papel en la guerra civil, en la que concretamente el coronel Monasterio realizó una espectacular carga en la batalla de Alfambra en torno a Teruel. Por su parte, la artillería dispara, aunque sus proyectiles son claveles y su tronar hace que huelan los laureles.

La conexión entre las dos primeras estrofas se consigue gracias a la aparición en su primer verso de los corceles aludidos en la anterior, si bien dichos corceles son presentados desde su perspectiva fecundatoria y erótica, ya que son sementales corceles, pasando, después, en esta misma estrofa, a retratarlos accionando con rasgos humanizados.

La tercera estrofa, que se inicia con la palabra mayo, incide en el carácter provocador de la excitación de los animales, a los que pone airados, movilizando las armas y los actividades humanas, de tal modo que como ya se afirmó en el último verso de la estrofa tercera «hasta el cadáver secular delira».

En la estrofa cuarta se nos informa que es en mayo cuando tienen lugar el cenit de los trabajos de la agricultura.

Y es en este ambiente exaltado en el que, en la estrofa quinta, surge la hoz, símbolo del partido al que estaba afiliado Miguel Hernández. En la sexta estrofa, Miguel Hernández constata que ni los cantos de los pájaros, ni el olor de las rosas, símbolos trasparentes de la estación del amor, son afectadas por «la guerra delirante».

Por el contrario, tal como afirma en la estrofa séptima, la sangre derramada se hace «aún más colérica y potente», ya que la juventud la convirtió en torrente.

La estrofa octava nos muestra, de modo directo, los deseos del poeta, que pronostica para su patria un mayo ejecutivo, aludiendo así, como ya hemos señalado, a un mando único en la zona republicana, que en su poema aparece lleno de feraces y trabajadas cosechas.

La última línea del poema, que podría considerarse la novena estrofa, es un expreso deseo de victoria de la República, anunciando que la España que hoy no se ara (la comprendida en el territorio dominado por los sublevados) se arará toda entera, puesto que toda España habría sido incorporada al régimen legítimo.

Tal como ha sido puesto de relieve por José María Balcells, en el poema de Miguel Hernández se vislumbra la importancia decisiva para la clase obrera de mayo de 1937, en el que podía haberse hecho realidad la doble consigna: ganar la guerra y defender la revolución[21].

Un artículo de exaltación del trabajo puesto al servicio de la causa de la República

En *Frente Sur* el 18 de mayo de 1937, se publicó un texto de Miguel Hernández titulado La fiesta del trabajo[22], en el que, con ideas allegables a las expresadas en su poema, es aún más explicito en cuanto a la expresión de sus ilusiones y propósitos. Manifestando, de entrada, el carácter festivo y lúdico del trabajo, si bien es preciso manifestar que para Miguel Hernández no todos los trabajos eran susceptibles de ser considerados liberadores, ya que sólo lo serían, de modo completo, en una sociedad que no estuviese bajo la férula capitalista, tal como afirmaba en una carta dirigida a Josefina Manresa el 18 de febrero de 1937, cuando dice: «tienes que llegar a comprender que con la guerra que nos han traído no defendemos más que el provenir de los hijos que hemos de tener. Yo no quiero que esos hijos nuestros pasen las penalidades, las humillaciones y las privaciones que hemos pasado»[23].

Por otra parte, cuando sintetiza su significado y señala su actividad predominante, afirma que en sus puertas existe una escritura en la que puede leerse la palabra Fecundidad, incidiendo, de nuevo, en el rasgo genesiaco con que lo ha definido. Por lo que, a pesar del bélico contexto que lo cercaba, aquel mayo de 1937 hizo posible que surgiera una explosión de «huertos, fusiles y vientres floridos». Posteriormente, tras constatar que «los malos jaramagos», en los que simboliza el fascismo, serán extirpados, concluye afirmando que este mayo decidirá la victoria del pueblo contra el fascismo de malos jaramagos y tizones.

Miguel Hernández ha puesto su corazón y su pluma en los dos casos que hemos comentado al servicio de los intereses populares. Desde su sometimiento a las directrices que emanaban de los círculos católicos de Orihuela, según los cuales el hombre debía supeditar su vida a designios sobrenaturales, había pasado a un esquema ideológico en el que el hombre, sin contar con más apoyo que sus propias fuerzas y la humana solidaridad, debía luchar por conseguir su felicidad. Miguel Hernández había llegado a ser un escritor revolucionario.

Desde una estética conmiserativa a una ética revolucionaria

Tanto los tratamientos en prosa del que podríamos denominar el maltrato infantil, en 1930 que ya comentamos (*El niño Flores* y *El niño pobre*) como en el que llevó a cabo

José María Gabriel y Galán en su poema «Mi vaquerillo», caracterizados y definidos por la descripción de situaciones en las que encontramos unas injusficables circustancias de sus protagonistas. Concretamente las semejanzas y diferencias entre entre «Mi vaquerillo» y «El niño yuntero» han sido objeto de sendos estudios de Pedro J. de la Peña[24] y Mariano Abad y José Antonio Torregrosa[25].

En relación con sus apreciaciones, siendo evidentes las coincidencias que en ambos comentarios se señalan estamos de acuerdo en que para los dos poetas es la piedad el sentimiento del que brotan sus versos, tal como Pedro J. de la Peña, nos dice cuando habla de la dureza de «un trabajo que excede las fuerzas de un niño de corta edad»[26].

Estando asimismo de acuerdo con las apreciaciones de Mariano Abad y José Antonio Torregrosa en el sentido que aún siendo idénticos los motivos de los dos poemas en el de Gabriel y Galán las resoluciones del conflicto se basan en la misericordia del señor, mientras que en el de Miguel Hernández son los jornaleros los que rompen la cadena y liberan al niño, desde este punto de vista, pongo de relieve el carácter de total oposición de las tesis del poema de Miguel Hernández en relación con las del de Gabriel y Galán, destacando asimismo el carácter emotivamente revolucionario del de Miguel Hernández. A este respecto, su tarea más importante, como comisario político, consistía precisamente en incitar a sus compañeros del ejército republicano a la lucha contra el fascismo, que, para Miguel Hernández era sinónimo de opresión social y de maltrato infantil .En cuanto a la adecuación de los textos de Miguel Hernández a este objetivo movilizador, los testimonios de su jefes militares son elocuentes. Enrique Líster, con palabras que recogió Juan Cano Ballesta, dijo: «He podido comprobar muchas veces que una buena poesía capaz de llegar al corazón de los soldados valía más que diez largos discursos»[27].

Desde el punto de vista métrico, la elección de la estrofa no es, ni mucho menos, casual o inmotivada, la cuarteta octosilábica en la que está escrito El niño yuntero es, según señaló Tomás Navarro: «la más corriente de las estrofas populares. Se cuentan por millares en las colecciones folklóricas. Puede decirse que su abundancia compite con los refranes. Se canta en la jota aragonesa, en la charrada salmantina, en la ronda manchega, en la cuca chilena, en la mañanita mexicana, etc.»[28].

Si tenemos en cuenta que, tal como señalan José Carlos Rovira y Carmen Alemany Bay[29], está constatado que alguno de sus esbozos utilizó versos endecasílabos no podemos menos que destacar el acierto de su elección final, ya que los octosílabos sobre todo en la estrofa elegida, se retienen e impresionan con más facilidad.

Es imprescindible asimismo señalar que los recursos retóricos basados en las abundantísimas repeticiones (más de 18), en las rimas internas, en las anáforas y en la utilización combinada y simultánea de estas figuras, como sucede con el final de la estrofa cuarta y su enlace con la quinta, en la que el verso decimotercero comienza y finaliza con la palabra empieza, que es precisamente la que inicia el verso decimoséptimo de modo anafórico, son muy adecuados y pertinentes.

El poema se inicia describiendo el nacimiento del niño, es decir, la narración adopta la clásica fórmula *ab initio*, lo que permite al lector o al oyente, una contemplación de su padecimiento desde el mismo instante de su llegada al mundo. En ciertos momentos de la composición surgen expresiones con sabor y regusto litúrgico o sacramental, como sucede en las expresiones: «se unge de lluvia y se alaja / de carne de cementerio», «que el sudor / es una corona grave / de sal para el labrador» y «para que la tierra inunde/ de paz y panes su frente».

El epicentro del poema, su justificación y explicación, se concreta en el verso 41, el primero de la estrofa once, en el que nos describe sus sentimientos ante el joven y desgraciado protagonista, diciéndonos: «me duele este niño hambriento», poniendo de relieve su conmiseración ante sus sufrimientos. La conclusión del motivador discurso se inicia en la estrofa catorce, mediante dos retóricas interrogaciones, en las que se pregunta por la personalidad y el origen de la liberación del chiquillo, evitando así la continuación de sus sufrimientos. La respuesta no puede ser más concluyente: el martillo capaz de romper esa cadena ha de surgir de «los hombres jornaleros / que antes de ser hombres son / y han sido niños yunteros», retirando mediante la utilización de las formas verbales («son y han sido») en presente y pasado, queriendo indicar que aquel lejano e infantil sufrimiento mantiene su resquemor durante toda su vida. La posición de Gabriel y Galán sobre esta cuestión, expresada en el poema La tregua, tal como señalan Mariano Abad y José Antonio Torregrosa, es totalmente opuesta a la de Miguel Hernández, ya que en el poema del vate extremeño la abrumadora cadena del chiquillo no puede ser rota por nadie , porque sólo Dios tendría capacidad para liberarlo, es decir que Gabriel y Galán propugna la resignación, mientras que Miguel, al suponer y admitir que la cadena puede romperse, justifica actitudes rebeldes y revolucionarias.

En relación con sus personales vivencias de malos tratos es preciso tener en cuenta que tal como el mismo afirmó, siempre tuvo presentes las reprimendas y los castigos de su padre, sobre todo cuando lo sorprendía leyendo por la noche, tal como su hermano Vicente contó a Claude Couffon, cuando dijo: «Miguel leía sobre todo por la noche cuando todo el mundo estaba acostado. A veces mi padre le sorprendía y se levantaba para apagar la luz. Entonces se producían escenas terribles»[30].

Palabras finales

Victor Segre, un conocido filósofo marxista, dijo: «Las más bellas emociones, concebidas en el espíritu de la más sana doctrina no harán nacer un buen libro si no interviene la sinceridad apasionada»[31]. Palabras que, a nuestro juicio, expresan de modo muy adecuado el requisito que ha de cumplir cualquier obra literaria que merezca ser calificada como revolucionaria.

En las obras escritas durante la Guerra Civil que hemos comentado, partiendo de sus experiencias bélicas, laborales e infantiles, y reflejando sus más íntimas ilusiones y deseos, desde el apasionado sentir con el que las escribió, manifiesta, de modo nítido e indubitable, que para la realización de su sueño emancipatorio era necesaria la consolidación de la República, y la derrota del fascismo.

Miguel Hernández en cuyas primera creaciones se evidenciaba la ideología propia de la Orihuela clerical en la que había sido educado, tras lograr desembarazarse de «la serpiente de las múltiples cúpulas», por muchas que fuesen sus desdichas, siempre deseó que, si acaso hubiese de morir, no dejase de hacerlo con la cabeza muy alta, contemplando aquel rayo de luz que, como su esperanza, nunca consintió ser vencido por la sombra, tal como lo exigía su condición de emocionado y emocionante escritor revolucionario que nunca dejó de ser.

NOTAS

1.–Véase Eutimio Martín, *El oficio de poeta. Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar, 2010[1], pp. 38-40.

2.–Miguel Hernández, *Obra Completa*, I, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira, con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, pp. 166-168.

3.–E. Martín, *op.cit.* p. 5.

4.–Cecilio Alonso, «Desclasamiento y mentalidad campesina en Miguel Hernández», en *Miguel Hernández, cincuenta años después*, Alicante, Elche, Orihuela, 1993, p. 308.

5.–Véase, a este respecto, su artículo *El hijo del pobre*, firmado por Antonio López, que más adelante comentaremos, en Miguel Hernández, *Obra completa*, II, ed. cit., p. 2199.

6.–Miguel Hernández, *Obra completa*, II, ed. cit., pp. 2071 y 2072.

7.–*Ibid.*, pp. 2076-2080.

8.–Joan Pamies i López; Ernest Torres i Rodríguez; y José Belso Latour, «De la conciencia mágica al compromiso político», en *Miguel Hernández, cincuenta años después*, ed. cit., pp. 455-462.

9.–José Luis Ferris, *Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Ediciones Temas de hoy, 2002, pp. 102-103.

10.–Miguel Hernández, *Obra Completa*, II, ed. cit., p. 2304.

11.–Miguel Hernández, *Obra Completa*, I, ed. cit., p. 368 y 369.

12.–*Ibid.*, p. 378.

13.–*Ibid.*, II, p. 2345.

14.–*Ibid.*, I, p. 535.

15.–*Ibid.*, II, p. 2452.

16.–Ferris, *op. cit.*, p. 290.

17.–Miguel Hernández, *Obra Completa*, II, ed. cit., p. 1783.

18.–*Ibid.*, p. 2228.

19.–*Ibid.*, I, pp. 389-390.

20.–*Ibid.*, I, pp. 2170-2171.

21.–José María Balcells, «Valores del trabajo en la poesía de Miguel Hernández», en *Miguel Hernández, 50 años después*, ed. cit., p. 409.

22.–Miguel Hernández, *Obra completa*, II, ed. cit., p. 2206.

23.–*Ibid.*, p. 2493.

24.–Pedro J. de la Peña, «Miguel Hernández y José María Gabriel y Galán», en *Miguel Hernández, cincuenta años después*, op. cit., pp. 793-798.

25.–Mariano Abad y José Antonio Torregrosa, *40 poemas, Antología ilustrada por 38 artistas*, Orihuela, 2009, cuadernillo 19.

26.–Pedro J. de la Peña, «Miguel Hernández y José María Gabriel y Galán», *art. cit.*, p. 795.

27.–Juan Cano Ballesta, introducción a su ed. de *Viento del pueblo* de Miguel Hernández, Madrid, Cátedra, 2005, p. 23.

28.–Tomás Navarro Tomás, *Métrica española*, New York, 1966, p. 541.

29.–José Carlos Rovira y Carmen Alemany Bay (eds.), *Viento del pueblo* de Miguel Hernández, Madrid, Ediciones de la Torre, 1992, pp. 90-96.

30.–Claude Couffon, *Orihuela y Miguel Hernández*, Oviedo, Losada, 1957, p. 20.

31.–Victor Segre, *Literatura y revolución*, Barcelona, editorial Fontamara, 1978, p. 35.